NOTAS

REFLEXIONES EN TORNO A LA ÉTICA
Y EL CRISTIANISMO*

*Javier Rabasa***

124

Desde el punto de vista epistemológico, la ética es la ciencia que tiene por finalidad el discernimiento objetivo y consciente de la bondad o malicia de la conducta humana, que es elaborado intramentalmente para determinar la voluntad hacia una u otra prácticas, las cuales atañen necesariamente a terceros, directa o indirectamente, ya que el hombre es un ser eminentemente social. Dicho en otras palabras, la ética está en función de la sociabilidad humana y a ella debe su razón de ser.

Se puede afirmar, también, que la ética es la ciencia que cuestiona la peculiar facultad de la inteligencia

* Este manuscrito fue hallado póstumamente, sin título, entre otros papeles del autor.

** Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM.

para predisponer libremente la voluntad a incrementar la propia humanización, y la del prójimo, en orden a su fin trascendental, a expensas del cual la especie humana ha sido y es capaz de elaborar la cultura, cuyas variadísimas manifestaciones históricas se han constituido invariablemente en símbolos, precisamente, del fin trascendental del hombre, que ha sido interpretado asimismo en variadísimas formas a través de la historia.

Pero la inteligencia asimismo puede predisponer la voluntad a disminuir la propia humanización y la del prójimo, en orden a la tergiversación de su fin trascendental, e instalarse en la anticultura, interpretada igualmente de mil formas en la historia, y cuyo símbolo invariablemente es la muerte. Esto sucede cuando la razón

NOTAS

confunde el mal con el bien por algún desorden de apreciación, pasajero o habitual, del sentido de la vida, opuesto al fin último del hombre. La ética es, pues, la parte de la filosofía que cuestiona las causas de la incoercible propensión de la inteligencia a adherirse al bien toda vez que lo dis-cierne del mal. Esta tendencia está presente en la totalidad de su hacer consciente y se manifiesta en un *continuum* que ha devenido incesantemente en la historia.

Bien es aquello que, en sí mismo, tiene el complemento de la perfección de su propio género; y mal es aquello que, en sí mismo, tiene la exclusión del complemento de la perfección de su propio género. El centro de interés de lo que aquí expongo es el bien y el mal morales, es decir, el bien y el mal en tanto consecuencia de acciones deliberadas y ejecutadas libremente por el hombre. La ética tiene especial interés en investigar las razones de la prudencia, primera de las virtudes cardinales y encauzadora de la justicia, de la fortaleza y de la templanza, así como inhibidora de sus vicios opuestos: la injusticia, la temeridad y la inmoderación, emanados de la concupiscencia, que es el deseo inmoderado de bienes terrenos y de poder mundano. La concupiscencia se halla ancorada en la diferencia de la razón discerniente del bien y del mal, que se manifiesta, en

primer lugar, por la imprudencia de echar anclas en el fondo rocoso de la soberbia, mal mayor que implica el apetito irracional de preferirse en todo a los demás, sin mayor mérito para ello que la exaltación irrestricta del yo contingente, elevado a rango de necesario y paradigmático. El pecado más grave de la modernidad es que el hombre se ha preferido, y se prefiere, a sí mismo, individual y colectivamente, incluso más que a Dios, único ser necesario, a quien considera superfluo o, peor aún, ya muerto. Tal es la terrible paradoja moral de la modernidad: haberse desentendido del ser necesario, y de todo lo que eso conlleva de indignidad, para asumir la anticultura del yo contingente como necesidad ontológica suprema.

La prueba de este aserto es que el hombre moderno se ha pensado a sí mismo hasta como hacedor de la historia, sin darse cuenta de que ese clímax de soberbia es el delirio paranoico más grave de los delirios sociales que ha padecido la humanidad, con el agravante de constituir una misión progresiva, frenética y envolvente del mundo entero. El enfermo es el hombre; el síndrome es la modernidad; sus síntomas son, entre otros: la degradación de la personalidad; el aislacionismo individualista; el pragmatismo; la irracionalidad aplicada a la política, a la economía, al equilibrio ecológico,

NOTAS

126

al urbanismo desquiciante, a la producción tecnificada, a los recursos naturales y humanos, a las diferencias étnicas, al consumo, a la percepción intelectual y sensorial, a la división del trabajo, a la vida espiritual, y al fin último del hombre quien, al estar enfermo de soberbia y avaricia, ha perdido la dimensión y el rumbo correctos de su propia dignidad, fundada en las razones de su inteligencia, en las razones de su corazón, y en las razones de la fe, apenas mantenidas como rescoldos en el huesero de la memoria colectiva, y sobre los cuales hay que poner los leños de los nuevos significados de la humildad y de la sabiduría, para que se enciendan como nuevos luceros que puedan reivindicar lo suficiente la dignidad humana, entendida ésta como el atributo inherente a todos los individuos de nuestra especie, proveniente de ser la persona humana la única criatura amada por Dios por ella misma. Sin esta condición, la dignidad humana queda reducida a falsa retórica, a palabrería hueca no acordada al misterio de la realidad del hombre; sin esta condición, el hombre queda reducido a instrumento de dominio satisfactor de intereses perversos, porque necesariamente son humillantes.

De otra forma, bajo la condición señalada de la causalidad de la dignidad humana, el hombre concientiza

la profundidad de la grandeza de su humildad y por ella se hace sabio. La sabiduría en la humildad es la fuente de la admiración propia y de los demás; es la clave de la organización social servida por la política y la economía para hacer posible la dinámica del bien común a escalas local, regional y mundial; es el venero del entendimiento de las diferencias de usos, costumbres y tradiciones para su recíproca afirmación y enriquecimiento, o aún para su rechazo cuando contrarían la dignidad humana. La sabiduría en la humildad es también la llave que incrementa la propia dignidad humana, la cual, según Pico della Mirándola, está en función de la filosofía y de la religión; y esta afirmación es verdadera en cuanto a la filosofía en el sentido de que su práctica exige, a partir de la libertad intelectual y de su propia agudeza, la unificación racional del conocimiento de la realidad material, de la realidad del hombre en sí mismo, de la realidad del estar del hombre en el mundo material y social, y de la realidad de los seres puramente espirituales.

Para Maritain, todo este conocimiento constreñido por la evidencia que asigna las razones de ser de las cosas es un conocimiento de tal manera fundado que, necesariamente, es verdadero conforme a lo que es, y que no puede dejar de encerrar esa

NOTAS

conformidad, pues de lo contrario, no sería conocimiento indestructible o perfecto.

Asimismo, la práctica de la religión incrementa la dignidad humana; primero, porque acepta racionalmente el origen divino de ella misma; segundo, porque nos anima a tratarnos a nosotros mismos y a los demás como personas trascendentalmente dignas y, por lo mismo, admirables y amables en y por sí mismos; tercero, porque convertida la religión en arte sacro ritual, la dignidad humana es asimilada a la dignidad divina de la Palabra hecha carne; cuarto, la religión nos induce a entendernos como criaturas; quinto, nos inclina a entender la unidad del universo y todo lo que en él es y existe; si bien no nos es posible conocer por la vía científica su pasmosa dinámica de transformación continua; por ello, llama caótico a lo que nuestra razón no alcanza a comprender del universo, aunque esté sujeto a la acción del orden providencial perfectamente libre, coherente, y que ignora el reposo en su sinergia.

En su obra *El cristiano y la teología*, Nikolaus Monzel cita a Söderblom con estas palabras: “La persona de Cristo significa para el Cristianismo lo mismo que representan la Doctrina para el Budismo y el Corán para el Islam.” De esto se infiere que el fundador del Cristianismo no es sólo,

al igual que otros *homines religiosi* un personaje iluminado, portador de antiguas verdades salvíficas o de revelaciones divinas –Buda o Mahoma–, sino que él mismo es Dios; él es *la palabra*. Lo anterior quiere decir que, en el Cristianismo, no es posible en absoluto separar la doctrina de su fundador; y de ahí que sea en esta religión donde la dignidad humana alcanza su plenitud, si las obras están acordadas a su doctrina de vida eterna: “amaos los unos a los otros como yo os he amado”; allí, y sólo allí, es donde la dignidad humana se trasfigura en evocación de la divina perfección, que creó al hombre a su imagen y semejanza. Esto nunca debe interpretarse en el sentido de que sólo en el Cristianismo puede alcanzar su plenitud la dignidad humana, pues es verdad que “el que no está contra vosotros está por vosotros” (Lc. 9, 50); y que el Espíritu Santo sopla donde quiere y en quien quiere. Ignorar esto es pura presunción de sabiduría.